

Que los escritores, como parecen querer hacerlo, sean aquí más conscientes de su deber, y tal vez la sociedad enferma entre en camino de curación...—ADOLPHE DE FALGAIROLLE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

CRONICA DE ESPECTACULOS

SUMA Y SIGUE

¿QUE saldo podemos trasladar de la cuenta 1930 a la cuenta 1931 en materia de espectáculos? A fin de conocerlo, pasemos revista somera a los hechos más salientes de la temporada que termina este mes.

Aparte de un conjunto de ópera, acerca del cual se ha dicho ya lo necesario, no hemos podido apreciar otro conjunto de mérito que el de Berta Singerman. Ni siquiera nos ha sido dado este año, como en anteriores, presenciar números de variedades de calidad, como el de Josefina Baker. Una serie de compañías mediocres, con repertorios menos que mediocres, ha llenado los claros, mientras el cartel se ha visto poblado casi incesantemente por el señor Flores.

Y esos dos son los términos extremos, antagónicos: el teatro «nacional» y el de cámara. Las ramplonerías de uno se han visto compensadas por las delicadezas sutiles del otro. Los borrones de brocha gorda de aquél, han sido puestos de manifiesto por el vigor y la gracia de las líneas decorativas de telones y personajes en éste. Han colmado un mismo escenario el sonsonete monocorde de Flores y la polifonía maravillosa de la maravillosa voz de la Singerman.

¿Qué hemos salido ganando con ello? Poco o nada. El conjunto de teatro de cámara no logró atraer gente; experimentó lo que se llama un fracaso de taquilla. En cambio las dilatadas temporadas de teatro nacional alcanzaron un éxito económico sin precedentes. El primero logró interesar a una élite. Del segundo se alejó esta aterrizada. Y ambos elementos—público mayoritario y cultura, arte escénico e industria teatral—permanecen distanciados entre sí. Acaso más que antes, puesto que ya han podido apreciar el espacio que los separa.

¡Y qué remedio! En esta tierra, el interés más profundo, la constancia más denodada, la más fervorosa afición, caen vencidos a lancetazos por el ambiente. A cualquiera de nuestros

teatros llega un espectador bien educado, despojado de todo prejuicio, con el deseo de ver y analizar lo que le presenten. Se sienta en su butaca, e inmediatamente comienzan los comentarios de la vecindad, que lo perturban y llegan algunas veces a no dejarle ni oír la obra. Uno que se levanta porque la concha del consueta no le deja ver el rostro de la dama joven. Otro que se estira para alcanzar chocolates a una conocida que está en la fila inmediatamente posterior. Unas niñas que alaban la toilette del galán. Otras que discuten acerca de su perfil, comparándolo con el de otra figura masculina. Estas, que advierten cuánto ha adelgazado la primera dama, Las otras, que acotan con suspiros y exclamaciones los pasajes románticos de la obra. Y en general, una despreocupación, una falta de crianza para respetar al vecino, para oír en silencio los parlamentos que bien o mal desenrollan los actores y una ligereza de juicio que llevan a la desesperación al más paciente.

En la temporada de teatro de cámara quedó de manifiesto en forma singular lo atroz de este martirio. La gente no percibía ni el matiz trágico ni la sutileza irónica. No sabía comentar las obras. Jamás se dió el silencio comprensivo al final de un acto que imponía la meditación. Nunca pudo advertirse en los rostros una sonrisa. O el aplauso retumbante, de plaza de toros, o la carcajada de los horteras. Y—naturalmente—el aplauso y la carcajada en el momento menos oportuno... Cuando el protagonista se detenía en un instante supremo de la acción, batían palmas, como al término de un ejercicio circense. Cuando se lucía un gesto de delicadeza superior, en el pasaje en que el autor había querido subrayar el efecto dramático con una frase fina, de elegante humorismo, la carcajada a chorros, la estridencia de los necios. Entretanto, el espectador, el buen espectador, aficionado al buen teatro, respetuoso de la verdadera cultura, aislado, crucificado en su asiento, esperando con ansiedad el momento propicio para la huída...

Esta falta de educación y de buen gusto en nuestro público se achaca con frecuencia a la falta de novedades que renueven el ambiente teatral, que acostumbren a la gente a lo inesperado y que le ofrezcan piezas de calidad. Nada más falso que este argumento, a juicio nuestro. Cuando llega algo novedoso, nuestro espíritu provinciano se detiene en las calles a curiosarlo, para luego comentarlo en familia, hasta hacerlo símbolo de lo estrambótico. La idea más genial fracasa en nuestra ciudad por el hecho de no ser de uso común. Y esto, en materia de espectáculos, adquiere una trascendencia insospechada. En Santiago, un buen actor ha de gustar, ante todo, a las niñas bobas.

Ha de tener paciencia para recibir sus homenajes y, sobre todo, ha de poner en cartel, las obras más cursis de los más cursis autores. Las temporadas de teatro nuevo, de teatro de calidad, cual la de Berta Singerman, nada enseñan a nuestro público, porque éste no advierte los matices superiores. Y entonces hemos de llegar a la conclusión de que el único culpable está en la prensa. El gran rotativo de circulación asegurada, cuyo personal está obligado a un *mínimum* de cultura, no tiene el derecho de seguir endiosando a los industriales del teatro, ni siquiera so pretexto de nacionalismos mal entendidos. Porque el buen burgués es ante todo respetuoso de la opinión generalizada. Y como no tiene juicio propio, se atiene al de la gran prensa, y cuando asiste a un espectáculo que no entiende, pero que los diarios le dicen que es famoso, guarda, al menos, silencio.

Tal es la enseñanza del último año teatral. No es novedosa, pero sí adquiere hoy carácter de definitiva. Es menester que alguien sujete a los trogloditas de las galerías; el carabinero. Ese ya está en su puesto. Menester es que hoy asuma el suyo otro carabinero, que sujete a los trogloditas de platea: la gran prensa. Y esta sería la única manera de poder trasladar de la cuenta 1930 a la cuenta 1931 un saldo favorable, el de un silencio respetuoso de la opinión ajena, consecuente con los actores que, después de todo, tienen el derecho de exigir que se oiga lo que hablan, y concorde con la buena educación. Y este es el primer paso indispensable hacia el mejoramiento.—A L F A.